# *"El Ensayo"*

**Isabelle Roy**

## Introducción

Debo admitir, antes de empezar, que la lectura que escogí para este ensayo, a saber la *Polémica sobre marxismo y humanismo*,[1] no fue de mi entero agrado. Ciertamente las cuestiones abordadas en ese libro no dejan de ser sumamente abstractas. Sus autores, en especial Louis Althusser y Michel Verret, no teorizan. Más bien vuelan muy arriba en el cielo de las consideraciones filosóficas, tanto que mi pobre mente de ama de casa (siempre atrapada entre quehaceres muy concretos como levantar popó de perro, lavar ropa o leer cuentos) no siempre logró elevarse a tan ambicioso nivel. Despegar mi mente del triste suelo de mis realidades domésticas para alcanzar la altura intelectual adecuada implicaba tremendos esfuerzos de concentración muy a menudo interrumpidos. Eso me provocó vértigos y náuseas.

Se me preguntará entonces ¿por qué seguí con este tema? Por coraje. El coraje —o la inconformidad— puede ser un valioso aliado si se usa de pertinente manera. Siento coraje al contemplar esa bola de reliquias encerrar sus pláticas en un lenguaje hermético. Me da coraje verlos olvidar que gente profana, como yo, tendrá un día que leerlos y no dejar de sentir rabia por tanta condescendencia hacia el común de los mortales. El coraje me motiva a tomar esos mismos malditos conceptos, sacudirlos y reinterpretarlos a mi modo. Esa operación —cuya ejecución no pretende ser de una rigurosa validez intelectual— tomará la forma de un ensayo. Ese género literario deja un ancho margen de interpretación y tiene la ventaja de hacerse de la vista gorda por lo referente a la profundidad del análisis. Sin embargo, eso no impide que por pura decencia metodológica deba, yo, presentar las etapas de mi razonamiento.

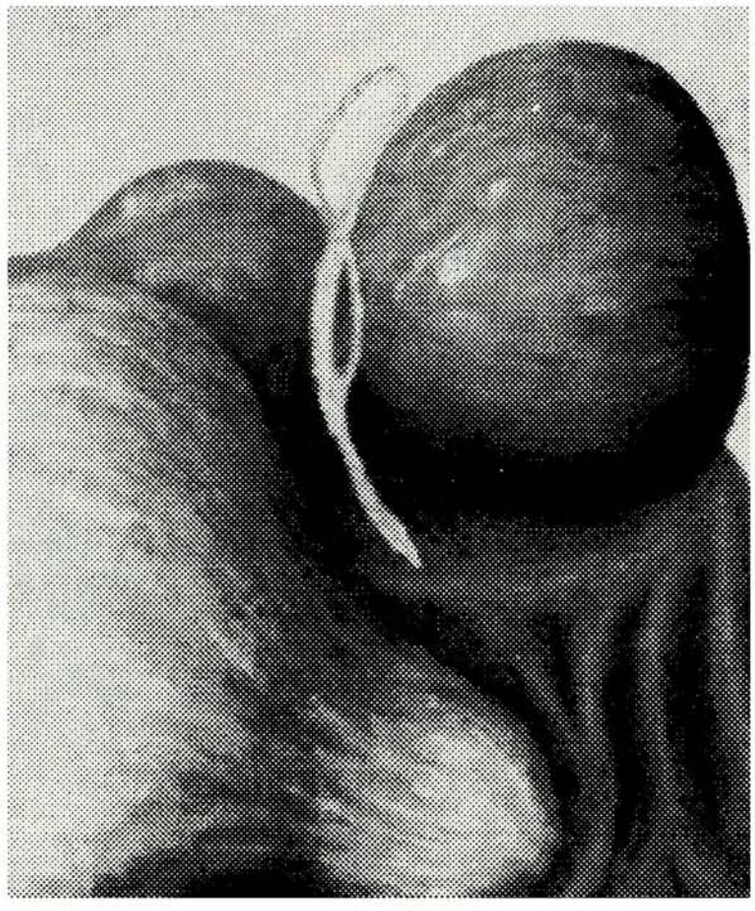
## En el cielo de las reliquias

### *El debate*

Para empezar mi dulce venganza conviene exponer un poco el objeto de mi enojo y sus puntos fuertes. Se trata de un debate que tuvo lugar entre 1965 y 1966, en Francia. Cuatro intelectuales marxistas participaron: Louis Althusser, Jorge Semprun, Michel Simon y Michel Verret. El contexto social y político que vio nacer la discusión es el de la desestalinización, es decir el fin de la dictadura del proletariado. Se manifiesta entonces una cierta humanización de la política soviética, di-

rigida entonces menos a la clase y más al individuo. Esa corriente fue bautizada por los comunistas mismos como humanismo-socialista.

Althusser dio el primer paso, afirmando en un artículo que el término humanismo-socialista era sintomático de un vacío teórico. La manera que se practicaba el marxismo en la URSS no permitía encontrar soluciones teóricas a los nuevos problemas. Por eso se acude a la palabra tramposa de humanismo para definir esta voluntad de cambio. Según él, es muy contradictorio asociar un pensamiento tan científico como el marxismo con algo que él considera pura ideología, es decir el humanismo: "...la pareja *humanismo-socialismo* encierra en sí justamente una desigualdad teórica asombrosa: el concepto de socialismo es, sin duda, un concepto científico, pero el concepto de humanismo no es sino un concepto ideológico".[2] Para Althusser el marxismo es antihumanista porque explica la evolución histórica no a partir del hombre, como lo hace el humanismo filosófico, sino por sus condiciones materiales de vida.



Jorge Semprun —quien no compartía todas las ideas de Althusser— replicó con otro artículo. Semprun está convencido de que Marx era humanista y que el materialismo histórico está impregnado de esa filosofía. La base de su argumentación reside en los manuscritos de 1844, donde la influencia de Hegel y otros filósofos humanistas es muy importante. "La crítica y la liquidación por Marx del mito filosófico de la esencia del hombre, de la antropología especulativa, no conducen en ningún caso a un *antihumanismo* teórico".[3]

## *Conceptos a retener*

Michel Simon por su lado intenta aclarar las cosas fijando definiciones con el fin de poner a todas las reliquias de acuerdo, porque su imprecisión, dice, perjudica a todo el pensamiento marxista. Cuando Althusser habla de manzanas, Semprun cuenta naranjas. "... se apoyan en los mismos textos y pertenecen al mismo movimiento, no hablan, sin embargo, el mismo lenguaje, ni se sitúan, en cuanto al fondo, en el mismo terreno".[4] A pesar de su aparente imparcialidad, Michel Simon está de acuerdo con Althusser, porque también niega toda afinidad teórica entre marxismo y humanismo. El marxismo —según él— rompió con la corriente humanista, y ese hecho no debe olvidarse.

El único elemento que retendré para mi ensayo es la distinción que se hace entre teoría e ideología, así como la de su difícil relación. Por más articulada que sea la teoría usada, si presenta omisión o se aplica inadecuadamente, la ideología vendrá a suplantar esas fallas, tal como lo declara Althusser: "... y no podemos dejar de pensar que, también aquí, el recurso a la ideología es la vía más rápida, el sustituto de una teoría insuficiente".[5]

## Sobre el piso con las criadas

Con este título nombro un fenómeno interesante y particularmente aplicable a la *teoría feminista* y a su ideología-antítesis correspondiente, llamada para efectos de este ensayo *telenovelismo*. No me conformaré con describir las disfunciones teóricas que viven los dos conceptos. Expondré casos concretos tomados, no del cielo de las reliquias adonde no hay conflicto, sino directamente del piso de las criadas, el cual abunda en ejemplos. Sólo así podré escrutar los mecanismos que regulan la relación entre feminismo y telenovelismo, es decir entre teoría e ideología. Pero antes me empeñaré —como lo hizo tan bien Michel Simon— en fijar los conceptos.

### *El feminismo*

Entiendo por teoría feminista lo siguiente: Conjunto de nociones que pretenden extender los derechos y el papel de la mujer en la sociedad, orientando o dirigiendo su acción. Va en ese conjunto de nociones todo lo que los políticos dicen en sus discursos en cuanto a los derechos de la mujer, de la real voluntad de darle su lugar en la política, etcétera. Agregaré a eso todo lo que pueden pensar las muchachas preparadas antes de enamorarse y casarse: la justa repartición de las labores domésticas, cuidado de los niños compartidos con la pareja y el horizonte infinito a donde no alcanzan a ver los límites de sus ambiciones profesionales. Para la teoría feminista Margaret Thatcher toma figura de modelo. Mujer fuerte y ambiciosa que nunca parece alterarse por los problemas de platos sucios en el fregadero.

### *El telenovelismo*

Defino la ideología telenovelista de la siguiente manera: es el medio ambiente, un conjunto de ideas, valores, símbolos e interpretaciones que pretenden mantener a la mujer en su condición tradicional de eterna subordinada. En eso incluyo los chismes machistas y su impunidad, la importancia acordada a la comida casera convertida, por siglos de ideología telenovelista, en verdadera religión, etcétera.

Escogí la expresión de ideología telenovelista no porque las telenovelas la hayan inventado. Como sabemos la ideología telenovelista tiene orígenes mucho más antiguos que la televisión. La llamo así porque las telenovelas constituyen hoy en día el vínculo por excelencia de esos valores. No solamente las difunden, sino también las consolidan. Me explico:

Por lo general las telenovelas hacen el elogio de la mujer sufrida que, curiosamente, siempre le toca enamorarse, no sólo de un hombre, sino también de un medio de ascensión social. Es una regla que la protagonista pueda aspirar a mejorar o consolidar su condición material solamente a través del matrimonio. El prototipo de la mujer telenovelista se llama María Dolores. Es la muchacha humilde y sensual, pero de una decencia intocable. Siempre encuentra la dicha después de haber llenado de lágrimas tres tinas. La felicidad se presenta en una significa-



tiva asociación de ideas, materializada en la persona misma del galán, quien encarna en un solo símbolo el amor y el dinero. Si María Dolores estudia o trabaja es sólo para ayudar mejor a su familia y nunca por ganas de realización personal. Es una muchacha buena, es decir, abnegada en su hogar, lo cual, después del amor, es lo más importante para ella.

### Los pleitos entre Margaret y María Dolores

Después de semejante expresión es fácil ver las dificultades que presenta en la vida cotidiana de la mujer casada la dualidad teoría-ideología. Pero nada vale más —para aclarar las dudas que podrían surgir en el espíritu del lector— que el ejemplo de la maternidad.

## *La maternidad*

El sueño de toda feminista promedio es ser madre y poder a la vez realizarse plenamente a nivel profesional. Sinceramente cree que eso sea posible sin ningún sacrificio que hacer. Pero el día que la prueba de embarazo sale positiva empiezan las ambigüedades teoría-ideología. Si quería la feminista tomarse una copa para celebrar la buena nueva sus familiares se lo prohiben. La salud del feto pesa ante todo. Y la feminista acepta la injerencia de los demás en sus asuntos porque ¿quién sabe, tal vez sea cierto que le haga daño?

Los meses pasan y ya no puede la feminista embarazada desempeñarse adecuadamente en su trabajo. Las horas extras le pesan y cómo quisiera —en ese momento— ser un poco menos Margaret y mucho más María Dolores. Así, la mujer que estaba, meses antes, convencida de la prioridad de su vida profesional y de la importancia de enseñar al resto de la humanidad lo que ella era capaz, encuentra sus convicciones perturbadas por los movimientos internos de su matriz. En ese momento se encuentra frente a un vacío teórico e inconscientemente recurre a la ideología —tal vez por primera vez en su vida. Tiene ganas de quedarse en la casa y que la mantengan. Se pone a tejer chalequitos suspirando, pensando en el feliz acontecimiento. Todo su ser se llena de ternura. Se pregunta si tendrá suficiente leche. Se imagina caminando en el centro comercial de su colonia empujando un carrito cargado del valioso tesorito. Cree que es la única que puede ser madre, y por eso quiere lucirse en su nuevo papel. Corre de su mente a la Margaret diciéndole que "francamente las prioridades de esta empresa cambiaron, la llamaremos en tiempos más oportunos... hasta la vista".

## *Los calcetines tirados*

Si todavía quedan ciertas incertidumbres en cuanto al dilema tratado lea otra muestra, la de los calcetines tirados.

Vamos a suponer la misma feminista diez años después. Su familia es de clase media compuesta de un marido, una feminista y 3,5 niños. El padre de familia trabaja honradamente todo el día, vamos a decir de las 7:00 hasta las 15:00 horas corridas. Llega a su casa para comer una exquisita comida casera y tomar un merecido descanso. Su dulce y comprensiva esposa tiene un trabajo de medio tiempo (a pesar de su abandono, Margaret resurge siempre pero comparte plaza con María Dolores) al cual se aferra cuando los niños están en la escuela. En sus tiempos libres se dedica con alegría —y por diversión— a ir al súper, guisar exquisitas comidas caseras, supervisar el aseo y las tareas de los niños, ir a pagar el recibo de agua, de telecable, de luz, etcétera.

De lunes a sábado todo marcha muy bien. Las labores más pesadas como lavar, planchar, barrer y trapear las ejecuta una fiel, trabajadora, sana y siempre formal profesional de la limpieza. La armonía conyugal y familiar es total, dado que reposa sobre una equitativa repartición del trabajo.

El dilema entre feminismo y telenovelismo se manifiesta casi siempre el sábado por la tarde, después de comer, cuando ya se ha ido la empleada, quien dejó, por supuesto, la casa impecable. A

esta hora siempre se le ocurre al honrado marido acostarse a ver la tele. Como un hecho aparentemente insignificante, se quita los zapatos, los cuales guarda en su lugar. Pero de repente siente calor, y después de media hora acostado decide quitarse también los calcetines y, por supuesto, los deja tirados a un lado de la cama. Después de la siesta se mete a bañar, viste ropa limpia y, claro, se olvida de los calcetines tirados. Entre tanto llega la esposa abnegada, pero consciente, a constatar el error teórico en el cual ha caído su media naranja. Tres soluciones se presentan en su mente:

- *La solución utópica*: Esperar que por voluntad propia los calcetines se pongan a caminar hasta el bote de la ropa sucia.
- *La solución feminista*. Meter una buena regañada al honrado marido con el fin de abrir su entendimiento a la teoría feminista y conscientizarlo sobre la gravedad de su disparate.
- *La solución telenovelista*: Levantar calladamente los calcetines y tirarlos, con suspiros dolorosos de resignación, al bote de la ropa sucia. En el peor de los casos la feminista potencial se atreve a abrazar al marido culpable diciéndole "Cariño, siempre he sabido que eras un caso irrecuperable... pero así te quiero".

Idealmente toda feminista un poco consecuente debería elegir la segunda opción. Desgraciadamente y, en eso estoy de acuerdo con Althusser, en muchos casos la ideología es de más fácil asimilación y más atractiva que la teoría. Eso es todavía más cierto si las soluciones propuestas por la teoría ocasionan —como en el caso expuesto— "disfunciones relacionales entre los componentes de la entidad social".[6]

## Conclusión

*Concluir, concluir..., ¿qué concluiré? Algo corto porque está bien eso de cumplir con la licenciatura, pero este año me tocó la chamba de hacer tamales, entonces pues, a ver qué idea me viene para terminar rápido y ponerme a cocinar. Bueno, ya sé.*

Después de haber demostrado empíricamente los mecanismos responsables de la pérdida de terreno que sufre la teoría feminista frente a la ideología telenovelista, debo tristemente admitir que ese fenómeno pone en serio peligro la emancipación de la mujer. Lo afirmo con la misma seriedad de Althusser cuando dijo que el uso de la terminología humanista pone en peligro la esencia misma del marxismo. Pero mientras las reliquias se la pasan teorizando sobre una reformulación del marxismo con el fin de evitar las injerencias de la ideología, es con mucho pesar que debo despedirme. Aspiraciones más nobles me llaman.◆

## *Notas*

[1] Althusser, Louis, *et. al. Polémica sobre marxismo y humanismo*. Siglo XXI, México, 1968.
[2] *Ibídem*, p. 6.
[3] *Ibídem*, p. 57.
[4] *Ibídem*, p. 32.
[5] *Ibídem*.
[6] *Ibídem*, p. 8.